

cion, no es lo que me detiene, sino la dificultad de que se conduzcan desde San Blas tantos víveres, y las contingencias que ofrece la navegacion = El Baylio Frey D. Antonio Bucareli y Ursua = R. P. Fr. Junípero Serra. »

Si este fervoroso Señor Exmó. hubiese sobrevivido á la última Expedicion, hubiera visto, como vió el V. P. Junípero tan aumentado el ganado bacuno, que habiendo dado á cada una de las Misiones en su fundacion solo diez y ocho cabezas; en el último Informe del año próximo pasado de 84 contaban ya entre todas las nueve Misiones 5384 cabezas, y de ganado menor de lana 5629, y de pelo ó cabrío 4294, siendo así que de estas dos especies de ganados no se dieron para la fundacion, sino que de un corto número de Borregas y Cabras se logró este aumento, habiendo los Misioneros solicitado de limosna el pie de dicho ganado menor. Asimismo vió el V. Padre Fundador, que dicho año que murieron las cosechas de Trigo, Maiz, Cebada, Frixol y demas legumbres: fué el total de todas las nueve Misiones quince mil y ochocientas fanegas: con lo que tienen y han tenido estos últimos años, no solo para mantenerse por sí las Misiones, sino que les sobró para proveer á la Tropa. Si esta abundancia hubiera llegado á ver S. Excá. como la llegó á ver el V. P. Fr. Junípero, ¿quien duda que ya estaria la Fé Católica hasta el último término de lo descubierto, ó á lo menos estaria ya resonando el Clarin Evangélico por aquel Archipiélago del famoso Puerto de Bucareli?

Pero ya que lo suspendió la sensible muerte de dicho fervoroso Señor Bucareli, nos queda el consuelo de quedar descubierta tan abundante mies, como tambien de estar ya en el Cielo las primicias de aquellas gentes, por los tres que de menor edad bautizé en esta Mision, y poco despues de llegados á San Blas murieron; y de los dos mas grandes, que llevaron para bautizar en San Blas murió la muchacha poco despues de bautizada; y no dudo que estas quatro almas bienaventuradas pedirán á Dios por la conversion de sus compatriotas que gimen baxo el tirano yugo del Enemigo, suplicando

do al Señor les embie Operarios que les prediquen é impongan en la Ley Evangélica, para que logren como ellos las celestiales delicias por toda la eternidad.

He querido adelantar estas noticias para el curioso Lector, á fin de que tenga una completa noticia así de estos Establecimientos, como de todas las Expediciones hechas para la extension de la Santa Fé Católica, y de los Dominios de nuestro Católico Monarca; y que enterado de ellas pueda leer la relacion de estos nuevos Establecimientos, y Apostólicas tareas del V. P. Junípero y sus Compañeros, que se irán refiriendo en los siguientes Capítulos.

CAPITULO XXXIX.

Continúan las Apostólicas tareas del V. P. Presidente despues de llegado á su Mision de S. Carlos.

A Los pocos dias de haber llegado el V. P. Presidente á su Mision de San Carlos, que fué á mediados de Mayo de 1774, entró en el Presidio de Monterey el nuevo Comandante Don Fernando de Rivera y Moncada, Capitan de Tropa de Cuera, que venia á remudar á D. Pedro Faxes, Capitan graduado, y Teniente de los Voluntarios de Cataluña, como se habia determinado en Junta de Guerra y Real Hacienda, por ser la Tropa de Cuera mas al propósito para la reduccion de Gentiles, que la Tropa de á pie, y venian subiendo las Reclutas que traia de Cinaloa el dicho Señor Capitan Rivera. Luego que el fervoroso P. Presidente se vió desahogado con la salida de la Fragata para la primera Expedicion, y el Príncipe (que habiendo llegado el dia que salió la Fragata, y hecha la descarga, baxó á San Diego á dexar la carga que allí pertenecia) hallandose ya el V. Padre sin los estorvos de antes con abundancia de víveres y ropas, tendió la red entre los Gentiles, convidándolos á la Doctrina: fueron tantos los que concurren, que todos los dias tenia una gran-

grande rueda de Catecúmeros, á quienes con la ayuda del Intérprete instruía en la Doctrina y misterios necesarios, en cuyo santo exercicio empleaba una gran parte del día; y así como iban quedando instruidos los bautizaba, y en breve fué en gran manera aumentando el número de Christianos; al paso que se bautizaban ocurrían otros pidiendo instrucción.

No quedaba sosegado con esto el ardiente zelo de nuestro V. Fr. Junípero, ni con saber que se practicaba lo mismo en las otras quatro Misiones, sino que se estendian sus anhelos á la fundacion de otras, respecto á la abundancia de Ministros, que habiendo subido de la antigua California, estabamos, como ociosos; y aunque veía que el nuevo Reglamento disponia, que se suspendiesen por entonces nuevas fundaciones hasta tanto que se verificase aumento de Tropa; pero facilitaba sus designios la prevencion que se hace en el mismo Reglamento: » *Salvo* que se juzgase poderse fundar una ó dos Misiones minorando las Escoltas de las Misiones mas inmediatas á los Presidios, juntos con algunos de Presidio que no hiciesen notable falta »

En atencion á esta puerta que dexa abierta el Reglamento, intentó fundar una Mision, á lo menos en el intermedio de San Diego y San Gabriel, baxo la advocacion de San Juan Capistrano. Trató este punto el V. Padre con el nuevo Comandante Don Fernando Rivera, quien conviniendo en ello, señaló para Escolta quatro Soldados de la de los Presidios, y dos de las Misiones inmediatas á ellos San Carlos y San Diego; y el V. Fr. Junípero nombró para Ministros de ella á dos de los que habiamos subido de la California antigua, de cuya determinacion dieron cuenta á S. E. quien á mas de aprobarla, quedó complacido de ella, segun lo manifesta en las expresiones de su siguiente Carta.

» Despues de los acuerdos tenidos con el Comandante de esos Establecimientos D. Fernando Rivera y Moncada, que V. R. refiere en Carta de 17 de Agosto del año próximo antecedente, me dá V. R. la gustosa noticia de quedar » re-

» resuelta ademas de las dos Misiones del Puerto de S. Francisco, otra con el título de San Juan Capistrano entre San Diego y San Gabriel, para la qual quedaban nombrados los Padres Fr. Fermín Francisco Lazuen, y Fr. Gregorio Amurrio, á quienes se dió la Escolta necesaria, y franqueó quanto contiene la Memoria, de que V. R. me saca copia.

» Todas estas noticias acrecentan mi gusto, y hacen patente el infatigable desvelo con que V. R. se dedica á la felicidad de esos Establecimientos. Dios protege visiblemente tan buen servicio, y las intenciones con que el Rey eroga estos gastos, pues al paso que se aumentan las Doctrinas y crece el número de Neófitos, va la tierra disponiendo copiosas cosechas de frutos para su alimento, y serán mayores las sucesivas, segun lo que V. R. manifiesta en su citada Carta, con la que quedo muy complacido. Dios guarde &c. »

Luego que se resolvió hacer la nueva fundacion, salieron de Monterey los dos Misioneros nombrados con los avíos y Escolta que se destinó, y llegados á la Mision de San Gabriel, quedó en ella el P. Fr. Gregorio Amurrio con el fin de disponer lo demás para estar pronto al primer aviso; y el P. Fr. Fermín Lazuen pasó á San Diego, para salir con el Teniente Comandante de aquel Presidio á hacer el registro, y habiéndolo verificado y hallado sitio al propósito para el Establecimiento, se regresaron al Presidio á disponer todo lo necesario para pasar de una vez á establecerse.

Salieron de San Diego á fines de Octubre el citado Padre Lazuen, el Teniente, Sargento y Soldados necesarios, y llegando al sitio formaron una enramada y una grande Cruz, que bendita y adorada de todos, enarbolaron, y en el Altar que se dispuso dixo el P. Lazuen la primera Misa. El día 30 de Octubre, octava de San Juan Capistrano Patrono de la nueva Mision, concurren muchos Gentiles, manifestando alegrarse mucho con la nueva vecindad, pues muy officiosos ayudaron á cortar madera, y á acarrearla para la Fábrica de Capilla y Casa.

Quan-

Quando estaban en estas faenas parando ya los palos para la Fábrica, llegó á los ocho dias de principiada la Misión el P. Fr. Gregorio Amurrio con todos los avíos, que por el aviso que le embiaron, salió de San Gabriel; y quando muy alegres pensaban prontamente poner en corriente la Misión por la alegría que veian en los naturales de aquel lugar, les llegó el mismo día un Correo de San Diego con la triste noticia de haber los Gentiles pegado fuego á la Misión, y quitado la vida á uno de sus Ministros. Luego que recibió el Teniente la noticia, subió á caballo, y lo mismo el Sargento y parte de los Soldados, y á toda prisa se puso en el Presidio de San Diego; y habiendo suplicado á los Padres hiciesen lo mismo con parte de los Soldados que dexó para este fin, pararon la fábrica, enterraron las campanas, y con todo lo demas de carga se encaminaron para el Presidio de San Diego, en donde hallaron la novedad que referiré en el Capítulo siguiente, que es segun y como lo escribieron los Padres, y conforme á las declaraciones que hicieron los Indios, así Christianos como Gentiles ante el Comandante del Presidio.

CAPITULO XL.

Muerte del V. P. Fr. Luis Jayme, y de lo acaecido en su Misión de San Diego.

HAllabanse por el mes de Noviembre del año de 1775. administrando con grande júbilo de sus almas la Misión de San Diego el V. P. Lector Fr. Luis Jayme, hijo de la Santa Provincia de Mallorca, y el Padre Predicador Fr. Vicente Fuster, de la de Aragon, y cogiendo con abundancia los copiosos frutos que producía ya aquella Viña del Señor encomendada por el Prelado á sus RR. de tal suerte, que con sesenta Gentiles que habían bautizado el día 3 de Octubre inmediato (vigilia de N. P. San Francisco) y los muchos que habían recibido el Santo Bautismo antes, se formaba un nume-

numeroso Pueblo, el qual habian mudado el año anterior á la Cañada del Río ó Arroyo que vacía en aquel Puerto, por ofrecer el terreno (que dista como dos leguas del Presidio) mayores ventajas para el logro de sementeras, y cosechas de trigo y maiz para la manutencion de los Neófitos; quienes desde luego demostraban hallarse muy gustosos.

Al paso que los Padres y los Christianos nuevos se hallaban con tanta alegría y sosiego, era mayor la rabia del enemigo capital de las almas, no pudiendo sufrir con su infernal furor el ver que por las inmediaciones del Puerto se le iba acabando su partido de la Gentilidad por los muchos que se reducian á nuestra verdadera Religion por medio del ardiente zelo de aquellos Ministros; y reparando en que se iban á poner otros entre San Diego y S. Gabriel, que desde luego harian lo mismo con aquellos Gentiles, de que el estaba apoderado, desmereciendo por esta causa su partido, arbitró para atajar el daño que se le seguía, no solo impedir la nueva fundacion, sino tambien aniquilar la de San Diego (que habia sido la primera de estos Establecimientos) y vengarse de los Ministros.

Para conseguir estos diabólicos intentos se valió de dos Neófitos de los anteriormente bautizados, que despues de la fiesta de N. P. San Francisco salieron á pasear por las Rancherías de la Sierra, influyendoles á que publicasen entre los Gentiles de aquellos territorios la noticia de que los Padres querian acabar con toda la Gentilidad, haciendolos Christianos á fuerza, para lo qual daban por prueba los muchos que en un dia habían bautizado. Que daban los que lo oían suspensos, creyendolo unos, y dandolo otros, los quales decian, que los Padres á nadie hacian fuerza, y que si aquellos se habían bautizado era porque ellos habían querido. Pero la mayor parte daba crédito al dicho de los dos apóstatas; y teniendo el enemigo así dispuestos les engendró la pasion de ira contra los Padres, de que resultó el cruel intento de quitarles la vida, como tambien á los Soldados que los resguardaban, y pegar fuego á la Misión para acabar con todo.

Apenas se hablaba por aquellos contornos de otra cosa, convidándose unos á otros para el hecho; aunque muchas de las Rancherías no convinieron, diciendo que ni los Padres les habian hecho daño, ni hacian fuerza á ninguno para que se hiciese Christiano.

Nada de esto se sabia en San Diego, ni se recelaba de lo mas mínimo, porque habiendo echado de ver la falta de los citados dos Neófitos, que salieron sin licencia, y habiendo salido el Sargento con Soldados en busca de ellos, no los pudieron encontrar, y solo adquirieron la noticia de que se habian internado mucho por la Sierra que guia al Rio Colorado; y en ninguna de quantas Rancherías transitaron con este fin, advirtieron la menor novedad ni indicio alguno de guerra; pero el hecho manifestó el intento que tenian, y el sigilo con que se manejaban.

Convocáronse mas de mil Indios (no conocidos entre sí, ni vistos jamás, sino convidados de otros muchos de ellos) los quales pactaron el dividirse en dos trozos, para caer uno á la Mision y otro al Presidio, convenidos en que luego que estos últimos viesen arder la Mision, prendiesen fuego al Presidio, y matasen á toda la gente; y que los destinados para la Mision harian lo mismo. Así pactados, y bien armados de flechas y macanas se encaminaron á poner en execucion su depravado designio.

Llegaron á la Cañada del Rio de San Diego la noche del dia 4 de Noviembre, y se dividieron caminando la mitad de ellos para el Presidio los destinados á él; llegaron sin ser sentidos á las casas de los Neófitos de la Mision, y se pusieron en cada una de ellas unos Gentiles armados para no dexarlos salir ni gritar, amenazándoles de muerte; y se fué el mayor golpe de ellos á la Iglesia y Sacristía á hurtar las ropas, ornamentos, y demas que quisieron; y otros con tizones de la lumbrada que tenian en el Quartel los Soldados (que se reducian á tres y un Cavo, que segun parece estaban todos durmiendo) empezaron á pegar fuego al Quartel, y á todas las piezas: con esto, y los funestos alaridos de los Gentiles despertaron todos.

Pusie-

Pusieronse los Soldados al arma, quando ya los Indios habian empezado á descargar flechas. Los Padres dormian en distintos Quartos: salió el P. Fr. Vicente, y viendo el incendio se encaminó para donde estaban los Soldados, como tambien dos muchachitos, hijo y sobrino del Teniente Comandante del Presidio: en otro Quarto vivian Herrero y Carpintero de la Mision, y el Carpintero del Presidio que habia pasado á la Mision por enfermo, llamado Urselino, digno de que se lea su nombre por el acto tan heroico de verdadero Católico que practicó, como diré luego.

El P. Fr. Luis, que dormia en otro Quartito, al ruido de los alaridos, y del fuego salió, y viendo un gran peloton de Indios, se arrimó á ellos saludándolos con la acostumbrada salutación: *amar á Dios hijos*; y conociendo que era el Padre lo agarraron como Lobos á un Corderito, y portóse como mudo sin abrir sus labios: lleváronlo para la espesura del Arroyo, alli le quitaron el santo hábito, y desnudo el V. Padre empezaron á darle golpes con las macanas, y le descargaron innumerables flechas, no saciando su furor y rabia con quitarle con tanta crueldad la vida, pues despues de muerto le machacaron la cara, cabeza y demas del cuerpo, de modo que desde los pies hasta la cabeza no le quedó parte sana más que las manos consagradas, como asi se halló en el sitio donde lo mataron.

Quiso Dios preservarle las manos para manifestar á todos, que no habia obrado mal para que le quitasen la vida con tanta crueldad; sino que con toda limpieza habia trabajado tanto á fin de encaminarlos á Dios, y salvar sus almas, y no dudamos todos los que lo conocimos y tratamos, que gustoso y alegre daria su vida, y derramaria su sangre inocente para regar aquella mistica Viña, que con tantos afanes habia cultivado, y aumentado con tanto número de almas que bautizó. confiado en que por medio de este riego se cogieran con mas abundancia zazonados frutos, como asi en breve se experimentó, viniendo despues muchos á pedir el Sagrado Bautismo. Hasta Rancherías enteras de mucho gentio,

y

y bien distantes del Puerto ocurrieron á la Mision pidiendo el ser bautizados, aumentando en gran número los Neófitos.

Al mismo tiempo que los Gentiles con grande griteria iban llevando al V. P. Fr. Luis al lugar del martirio, fueron los otros al otro Quarto en que dormian los Carpinteros, y Herrero, que al ruido despertaron: iba á salir el Herrero con una espada en la mano, y al salir del Quarto le dispararon tan cruel flechazo, que quedó muerto. Viendo esto el Carpintero de la Mision, cogió una escopeta cargada, la disparó y tumbó á uno de los Gentiles que estaban cerca de la puerta, y retirandose asombrados y temerosos, pudo ir á juntarse con los Soldados. Al otro Carpintero del Presidio llamado Urselino, que estaba en cama enfermo, lo flecharon, hirien-
dolo de muerte, y en quanto se sintió herido, dixo: *¡Há Indio que me has muerto! Dios te lo perdona.*

El mayor golpe de los Gentiles se ocuparon en guerrear con los Soldados que estaban en la casita que servia de Quartel, en cuya pieza se hallaban el P. Fr. Vicente Fustér, los dos muchachos arriba dichos, el Carpintero que no estaba herido, y el Cavo con los tres Soldados; y á los Gentiles en breve se les agregó toda aquella chusma de Gentiles que habian ido para el Presidio, que no se atrevieron á llegar, porque mucho antes de llegar á él vieron que ardía la Mision; y dando por supuesto que tambien lo verian los del Presidio, y que estarían prontos á defenderse, y que enviaran á la Mision socorro de gente, se volvieron atrás á unirse con los que estaban en la Mision; por lo que se libertó el Presidio, que sin duda estarían durmiendo; pues ni vieron el grande fuego que ardía en toda la Mision, ni oyeron tiro de tantos que se dispararon, siendo así que se oye el tiro del Alva.

En quanto llegaron al sitio de la Mision los Gentiles que habian ido al Presidio, que supieron habian ya matado uno de los Padres, preguntando qual de los dos, luego que les dixerón el rezador (así llamaban al P. Fr. Luis) celebraron con mucha alegría la noticia, y en el mismo sitio celebra-

braron la muerte con un gran bayle á su usanza bárbara, y se juntaron con los demas para acabar con el otro Padre, y con toda la Mision. El corto número de Soldados de la Mision se supo defender de tanta multitud de Gentiles con gran valor por el grande que tenia el Cavo de Esquadra, que no cesaba de gritar, con que amedrentaba á los Gentiles, y de disparar matando á unos, é hiriendo á otros. Viendo los enemigos la fuerte resistencia, y el estrago que hacian los nuestros, valieronse del fuego, pegando fuego al Quartel que era de palizada, y los nuestros por no morir asados, salieron de él con todo valor, y se mudaron á un Quartito de adoves, que servia de cocina, reduciendose toda la fábrica, y resguardo á tres paredes de adove, de poco mas de una vara de alto, sin mas techo que unas ramas, que tenia puestas el Cocinero para resguardarse del Sol. Refugiados los nuestros en dicha cocina, hacian fuego continuo, defendiendose de tanta multitud, que los molestaba mucho por el lado que estaba descubierto sin pared, por donde les tiraban ya flechas, ya macanas.

Viendo el daño que por aquel portillo les hacian, se animaron á ir á la casa que se estaba abrasando á traer unos fardos y caxones para ponerlos de parapeto; pero en esta faéna (que lograron hacer á satisfaccion para el resguardo) quedaron heridos dos de los Soldados, é imposibilitados por entonces á accion alguna; y solo quedó para la defensa el Cavo con un Soldado y Carpintero. El Cavo, que era de gran valor y buen tirador, mandó al Soldado y Carpintero que no hiciesen otra cosa que cargar, y cebar escopetas, ocupandose él en solo tirar, con que mataba, y heria á quantos se le arribaban.

Viendo los Gentiles que las flechas ya no servian, por el resguardo de los adoves que tenian los nuestros, pegaron fuego á las ramas que servian de techo; pero como eran pocas, no les obligó el fuego á desamparar el sitio: vieron en peligro de que se pegase fuego á la pólvora, lo que hubiera sucedido á no tener la advertencia el P. Fr. Vicente de ta-
par

par la talega con las faldas del hábito, sin atender al peligro á que se exponia. Viendo los Indios que el fuego del techo no los hizo salir, tiraron á obligarles á la salida, echándoles adentro tizonos encendidos, y pedazos de adove, que de uno de ellos quedó herido el Padre, aunque por entonces no lo sintió mucho, pero si despues, aunque no fué cosa de cuidado. Así estuvieron peleando hasta la aurora, que su hermosa luz ahuyentó á los Gentiles, que rezelosos viniese gente del Presidio, se marcharon llevandose los muertos y heridos, que no se supo sino en general que habian sido muchos, segun las declaraciones que se tomaron.

En quanto amaneció el dia 5 de Noviembre, que desapareció la gran multitud de Gentiles, salieron de sus casitas los Neófitos, y fueron luego á ver al Padre, que estaba en el fuerte de la Cocina con el Cavo y tres Soldados, todos heridos, y el Cavo aunque herido no quiso decir que lo estaba, para que no descaeciesen los demás. Los Indios Christianos llorando refirieron al Padre como los Gentiles no los dexaron salir de sus casas, ni gritar, amenazándoles de muerte si se meneaban. Preguntóles por el P. Fr. Luis, que toda la noche lo habia tenido con cuidado por no haber sabido de él, aunque los Soldados lo consolaban, diciendole que se habria metido dentro del Sauzal: mandó á los Indios lo buscasen, y despachó un Indio Californio á avisar al Presidio, y á los Neófitos mandó apagasen el fuego de la troxe para lograr algo del bastimento.

Hallaron los Indios en el Arroyo á su V. P. Fr. Luis ya muerto, y tan desfigurado, que apenas lo conocieron. Cargarono y llevaron con grande llanto para donde estaba el P. Fr. Vicente, quien al oír el llanto de los Indios, le dió en el corazon lo que habia sucedido á su Compañero: fué luego el Padre hácia ellos, y le pusieron á la vista á su amado Compañero muerto, y tan desfigurado que segun escribió al R. Padre Presidente, estaba tan herido su cuerpo, que no tenia mas parte sana que las consagradas manos; pero que todo lo demás del cuerpo estaba golpeado y flechado, y la cara

ra aplastada de los golpes de macana, (porras de madera) ó de alguna piedra, y ensangrentado de pies á cabeza; que solo conoció ser su cuerpo por la blancura, que en pocas partes estaba sin sangre, que era el único vestido que cubria su cuerpo. Al ver el P. Fr. Vicente aquel espectáculo, quedó fuera de sí, hasta que el llanto de los Neófitos, que tan de corazon amaban á su difunto Padre le hizo prorrumpir en lágrimas.

En quanto la pena y dolor dió lugar al P. Fr. Vicente para deliberar, dispuso se hiciesen unos tapestles para llevar á los dos difuntos cuerpos del V. P. Fr. Luis y al Herrero Joseph Romero, y á los heridos, que fueron el Cavo y los tres Soldados y el Carpintero Urselino. En quanto recibieron la noticia en el Presidio, se pusieron en camino para la Mision, y con este auxilio se mudaron todos llevando en procesion á los difuntos para el Presidio, dexando en la Mision algunos Neófitos para que apagasen la lumbre de la troxe. Llegados al Presidio se dió sepultura á los difuntos en la Capilla del Presidio, y dieron mano á curar los heridos, que todos sanaron, menos el Carpintero Urselino, que murió el quinto dia. Este tuvo tiempo para prepararse y disponer sus cosas: tenia de su sueldo de algunos años que habia servido bastante alcance en el Real Almacén; y no teniendo heredero forzoso, hizo testamento, y dexó por herederos á los mismos Indios que le quitaron la vida; accion tan exemplar y heroica de verdadero Discípulo de Jesu Christo. Recibidos todos los Santos Sacramentos entregó su alma al Criador.

El Cavo que habia quedado mandando el Presidio, despachó aviso al Teniente, que se hallaba en la Fundacion de San Juan Capistrano, quien luego que tuvo la noticia de lo acaecido se puso en camino para San Diego, y tras de él los Padres. En quanto estos llegaron al Presidio, hicieron las honras al V. Padre difunto, y resolvieron mantenerse en el Presidio hasta nueva orden del V. Padre Presidente, á quien escribieron todo lo que queda expresado, que he sacado de las mismas Cartas. Igualmente con acuerdo del Comandan-

dante del Presidio determinaron que los Neófitos se mudasen arrimados al Presidio por de pronto para evitar el peligro de que volviesen á darles los Gentiles: así mismo mudaron el poco de maíz, y trigo que libertaron del fuego: quedando todo lo demás de Iglesia, y casa consumido por el fuego, salvo la ropa y alhajas que hurtaron.

El Comandante del Presidio dió luego sus providencias despachando partidas de Soldados por las Rancherías de los Gentiles á explorar si se percibía otro atentado, como también de indagar los que habían concurrido: llevaron presos á muchos para las averiguaciones, y hallando que no amenazaba asalto al Presidio, despachó Correo á Monterey.

CAPITULO XLI.

Llega á Monterey la funesta noticia de San Diego, y lo que en su vista se practicó.

Legó á Monterey el Correo de San Diego con la noticia del martirio del V. Padre Fr. Luis Jayme y del incendio de la Mision, y en quanto el Comandante Rivera recibió las Cartas, que fué á entrada de noche del día 13 de Diciembre, enterado de lo sucedido, fué en persona á la Mision de San Carlos (en donde me hallaba) á dar la noticia y las Cartas de los Padres que se hallaban en San Diego al R. P. Presidente, quien en quanto oyó la novedad prorrumpió con estas palabras: *Gracias á Dios ya se regó aquella tierra: ahora sí se conseguirá la reduccion de los Dieguinos.* Mañana (prosiguió su Reverencia) haremos las honras al difunto Padre: convidó á Vm. y á la gente del Presidio: á lo que respondió no podia asistir porque iba á disponer su salida para S. Diego; y diciendole el Padre que también él intentaba baxar á San Diego, le respondió que no podia ser el baxar juntos, por la mucha prisa que llevaba, por lo que importaba su presencia quanto antes en San Diego para la seguridad de aquel

Pre-

Presidio, hacer averiguaciones, y dar cuenta á su Excá. que en breve saldria otra partida de Soldados para San Diego, y que con ellos podria baxar mas despacio S. R. Con esto se despidió y retiró para el Presidio.

El siguiente día dispuso el V. P. Presidente hacer las honras al difunto Padre, las que hicimos con Vigilia y Misa cantada con asistencia de seis Sacerdotes, el V. P. Presidente con su Padre Compañero, y los quatro que estábamos para las fundaciones de este Puerto de N. P. S. Francisco, á las que asistieron todos los Neófitos de la Mision y la Tropa de la Escolta: aunque al juicio de todos los que conocemos al V. Padre difunto, que lo tratamos, y experimentamos su religioso porte y fervoroso zelo de la salvacion de las almas, no necesitaria rogásemos á Dios, sino que mejor podríamos pedirle rogase á Dios por nosotros, pues piamente creíamos que su alma iria en derechura á recibir la corona de la Gloria que tenia merecida por sus virtudes, y laboriosa vida, anhelando por la conversion de todo aquel Gentilismo. No obstante, por ser inexcrutables los juicios de Dios, dispuso el V. Padre Presidente que le aplicase cada uno de los Misioneros las veinte Misas del Concordato hecho por los Misioneros de estas Conquistas.

Ya que veía el V. Prelado que no podia prontamente baxar á S. Diego, escribió á los Padres lo que debian practicar mientras baxaba S. Rev. . Escribió al R. P. Guardian dándole noticia de lo sucedido con las mismas Cartas que recibió de los Padres de S. Juan Capistrano, y de la de S. Diego, que quedó con vida. Asimismo escribió al Exmô. Señor Virey comunicándole la noticia, añadiendole, que no por lo sucedido descaecian de ánimo los Misioneros; antes bien los animaba envidiando la dichosa muerte que habia logrado el dichoso V. Hermano y Compañero el P. Fr. Luis Jayme.

Que solo sentia S. R. las resultas de dicho acaecimiento así de los castigos que tal vez se intentarían con los pobres é ignorantes Indios que hubiesen concurrido al hecho, como también el que se dilatase el volver á poner la Mision de S.

24.

Die-